

# Madrastra Compartida (Cap. 1)

Tamara Santirso Gonzalez



## Capítulo 1

Cuando llega te jodes. Pasas la vida buscando al príncipe azul, pero este ya había tenido príncipes y princesas en otro reino del que ha sido desterrado. Toca reescribir el cuento.

Úrsula y Loreto frecuentaban el bar de Chusa desde el 2016. Aquel año las mujeres dieron un puñetazo en la mesa contra las injusticias. Loreto ya era clienta silenciosa desde que había sido madre, un par de años antes. La víspera de una manifestación contra "la manada", Úrsula entró a desayunar y Loreto, buena como nadie leyendo lo que querían los que le rodeaban, rompió su silencio tendiéndole el periódico:

-Página 53.- Dijo mirando hacia las letras de imprenta con sus ojos verdes, densos, ocultos tras unas gafas de pasta negra. Sus rizos negros, incapaces de definir una raya recta en su cabeza, enmarcaban una cara de rasgos infantiles que combinaba a la perfección con su metro cincuenta y tres de estatura.

Úrsula conocía de sobra a esa chica de aspecto de película de serie b. Loreto había sembrado el caos en sus años mozos de fiesta en fiesta con las peores compañías. Vieja gloria de la noche de repente se encerró en su casa y su vientre comenzó a crecer. La paternidad fue la comidilla durante un par de años, hasta que la gente se dio por vencida y hubo otro cotilleo más jugoso.

Ella, sin embargo, nunca había sido el blanco de ninguna maledicencia, con sus cinco hijos y su matrimonio con su novio de la universidad podía presumir de llegar al altar sin mácula. Criada en el seno de una familia bien del Opus D

ei había procurado no destacar en ese tema. Nunca se le pasó por la cabeza que su comportamiento comedido tampoco la salvaría del escándalo público.

Con el paso de los cafés post-autobús escolar y pre-trabajo habían forjado una bonita amistad.

Aquel día de 2019 comentaban relajadas el nuevo corte bob que Álvaro, peluquero oficial y colega extraoficial le había hecho a la melena castaña de Úrsula que, desencantada con su figura rellenita y sus ojos castaños corrientes y molientes, depositaba en su pelo la poca feminidad de la que se sentía dueña.

"[...] investigan la violación y asesinato de una chica de 23 años en

Alcobendas [...]

La televisión daba su noticiero matutino mientras Chusa terminaba de hacer algunos pinchos en la cocina y algún parroquiano tomaba tranquilamente su consumición cuando, de pronto, una mujer entró cual obús por la puerta y con la misma fuerza que este, pero con la precisión de Picasso, abofeteó contundentemente a otra mujer sentada al lado de las amigas. El golpe fue tan fuerte que la silla partió una pata y dejó a su usuaria en el suelo con un labio partido, la cara ardiendo y la dignidad más herida que su propia cara. A pesar de ver a su enemiga sin ganas de presentar resistencia la mujer proyectil agarró con fuerza la melena rubia y con un giro de muñeca certero consiguió que su víctima mirase con sus ojos pardos aquella cara encendida en la furia y que con gesto de asco le recriminaba: - No tendré yo la suerte de que tú te mueras, puta sidosa asquerosa.

Al fin llegó Chusa. Luciéndolo su delantal de reina de la cocina que, con su coleta castaña alta haciendo aspavientos a cada paso rápido y seguro, daba bastante respeto, como una matarife tras su primera tanda de sangrado. Mientras la dueña del bar se aseguraba de que la amenaza de mechadas rubias se alejaba lo suficiente de sus clientes, Loreto recogía a la mujer agredida y Úrsula se encargaba de la silla.

El orgullo dolorido de aquella chica desbordó por sus ojos pardos. Allí de pie, rodeada de aquellas mujeres que solo conocía de vista, sintiéndose humillada y vejada le arrolló la necesidad de explicar su versión de los hechos. Las palabras salían de su boca fina, casi inexistente, sin el permiso de su dueña. - Yo siento el espectáculo. De verdad. No pretendía hacer daño a nadie. - Comenzaba su discurso. Tras una pausa de sondeo para ver si sus interlocutoras estaban interesadas prosiguió. - Es que es muy duro negarte a quien amas. - Permitted que su llanto brotase cediendo su garganta a la respiración entrecortada. Loreto la ayudó a sentarse en una silla que acercó a su mesa y una vez sentadas Úrsula sintió licencia para preguntar. - Pero, a ver, ¿Qué ha pasado?

Se acomodó y se abrió en canal ante ellas. No tenía nadie más a quien explicarle su historia y por el barrio ellas no tenían una reputación mejor que la que ella se acababa de labrar.

Bárbara había sido siempre una mujer del montón, pero más bien de la parte baja del montón; ojos marrones, 1,67 de estatura y algo rellenita. Intentó refinarse con un tinte rubio pero sus tatuajes en el brazo y las cicatrices de su piercing en la ceja dejaban entrever una época de su vida en la que deseó destacar de cualquier modo.

Su autoestima, ya de por sí escaso, había sido pisoteado por el padre de su hijo de 6 años. Un hombre malo que, no sin esfuerzo había conseguido apartar de su vida. Ahora se había enamorado como una chiquilla de

Bruno.

Bruno era primo de una compañera de trabajo. Se conocieron en el cumpleaños de esta y nada más mirarse a los ojos sintieron como se sincronizaban los latidos de su corazón. Hablaron durante lo que duró la fiesta y Bruno se había sincerado sobre su estado civil y el sentimental que, según él, no eran congruentes en ese momento. Ella procuró no darle importancia cuando le pidió su número de teléfono, siguió restándole seriedad cuando quedaron a tomar un café y tampoco se lo tomó en serio durante la primera copa. Tras la tercera y un largo coqueteo se dejó besar. Había ocurrido como en las pelis románticas que le chiflaban. Sus cuerpos se habían buscado con caricias, agarrones, leves roces y acercamientos que reducían la distancia entre ellos hasta que solo quedaron unos milímetros entre sus bocas. Sus cuerpos habían estallado y se acostaron por primera vez aquella misma noche.

Lamentablemente, la esposa de Bruno, Clara, carecía de la información sobre el estado sentimental libre de su marido, con que, cuando este llegó explicando que iba a ser padre de nuevo y que necesitaba el divorcio, para poder ejercer de cabeza de su nueva familia, Clara lloró arrodillada ante su inminente exmarido pidiendo otra oportunidad. Cuando se convenció de que no conseguiría volver con él pidió saber, al menos, quien era la madrastra de su hija de 2 años. Clara guardó todo su rencor solo hacia ella porque consideraba que le había atraído con malas artes y se había quedado embarazada para amarrarle.

El resto de la historia acababa con una incipiente barriga, una silla rota y tres nuevas confidentes.